

UCD NO ESTA SOLA

TENEMOS ante nosotros cuatro años de UCD. Es decir, cuatro años de gobierno de una derecha conservadora pero flexible, democrática pero sin concesiones. Y personalista, compacta, con una vocación de partido único no demasiado distinta de sus homólogos europeos. No es, sin embargo, un partido mayoritario, un partido que arrastre a los españoles (nada arrastra a los españoles, que siguen siendo displicentes y lejanos en materia de política): la han votado un 24 por 100 de los censados (6.450.000 votos de un total de 26.852.000); sobre los votos expresados, un 35,2 por 100, que le dan en el Congreso un 47,7 por 100 de los escaños, en virtud de la aplicación de la Ley Electoral (la regla de Hondt) que prima a los partidos más numerosos. Por ejemplo, el Partido Comunista, con el 10,5 por ciento de los votos, sólo tiene el 6,5 de los escaños, y Coalición Democrática, con el 5,5 por 100 de votos, se queda con el 2,5 por 100 del Congreso. Al Partido Socialista también le favorece la regla: el 29,4 de los votos expresados le da el 34,5 por 100 del Congreso.

NO se trata, con esto, de minimizar el triunfo electoral de UCD. Son las reglas del juego, están aceptadas y tienen la filosofía de evitar los Parlamentos "ingobernables" por exceso de minorías y falta de mayorías. Se trata, simplemente, de fijar la fisonomía política del país, de un país donde el partido que va a seguir gobernando reúne un número menor de votos que el de abstenciones sobre la totalidad del censo: 24 por 100 del censo para UCD, 33 por 100 del censo abstenciones. Se entiende que estos abstendidos reflejan una indiferencia o una actitud pasiva: se dejan gobernar. No es enteramente cierto, y muchos se han abstenido para "castigar" a los partidos de izquierda que no han ofrecido la línea de combate que se espera de una oposición, para aleccionarles sobre cuál debe ser su actitud en el futuro.

EN regla democrática, UCD tiene fuerza para gobernar sola: con los votos que ya le han ofrecido de Convergencia y Unión, de Cataluña, ya alcanza la mayoría parlamentaria. Va a tener más ayuda, y unos votos flotantes, como en la legislatura pasada: en ciertas cuestiones va a tener el apoyo de la derecha, en ciertas otras algunas abstenciones de parte de la izquierda. En el Senado tiene la mayoría absoluta: puede apoyarse en esa ambigua Cámara Alta para cuestiones más controvertidas. Gobernar sola quiere decir que va a poder abandonar las muletas del consenso y que no va a necesitar de pactos: que va a tener más posibilidades de definición que las que tenía ahora. Esto presupone que se va a inclinar hacia la derecha. Es lógico: la derecha la ha votado, puede apoyarse en ella, debe reclutar en ella su futuro. No hay otra derecha en el Parlamento: los nueve diputados de Coalición, el diputado de Unión Nacional —Blas Piñar— no representan nada. Si hay algo absolutamente claro en estas elecciones es que el país no quiere esa derecha que con disfraces o sin ellos —cuanto menos disfraces, menos votos— rememoran el franquismo. Es un hecho que viene produciéndose en todas las votaciones a las que ha sido llamado el país —cuatro, con esta— y que se va a reproducir, sin duda, en las elecciones municipales del 3 de abril. Lo que recoge UCD del franquismo, y lo recoge mejor que las derechas más explícitas, es la reserva frente al "marxismo": Adolfo Suárez lo utilizó muy oportunamente —para él— en su última intervención en Televisión Española, recurriendo a los viejos tópicos: una España "occidental" frente a una España "colectivizada". O yo o el caos, como en todas las antiguas peroratas de autócratas, de Franco a De Gaulle: sigue dando algún resultado, aunque esté lejos de la realidad. Perjudicar al PSOE y a Felipe González achacándole los defectos de los países del Este de Europa es una anomalía y un dislate desde el punto de vista de la lógica, de la razón, de la verdad. Pero tiene un efecto psicológico que todavía es considerable en este país. La inclusión en la esfera de las socialdemocracias, a la que aludió Felipe González en su alocución que precedió a la de Suárez, la inclusión de los planes del PSOE

entre los de los países más ricos y mejor gobernados del mundo debió tener poco efecto electoral, a juzgar por los resultados.

LO que Suárez tiene que aglutinar ahora en su gobierno y con el Parlamento que le es favorable es toda esa clase social que va desde la burguesía hacia arriba. Pequeños comerciantes e industriales, profesiones liberales, oficios bien retribuidos. La respuesta inmediata de la Bolsa, con un alza espectacular de las que no se recuerdan en su Historia, es significativa (aunque tenga que definirse más seriamente en los próximos días): el dinero apoya a Suárez. Como le apoya últimamente la Iglesia —la Iglesia de Wojtyła— y no le rechaza el Ejército. Suárez pueda responder a las fuerzas más extremas que le acusaban de izquierdismo que lo que está ofreciendo es la derecha posible, dentro del cuadro del país y del mundo: las opciones de la derecha son suyas, y la posibilidad de confortar a los que se reclaman de ella también son suyas. Esto quiere decir que toda la legislación que va a proponer a las Cortes deberá tener este equilibrio: tranquilizar a las clases sociales de buen nivel de vida, buscando un cierto equilibrio que evite la desesperación de las clases desfavorecidas. A partir del desarrollo de la Constitución, que los partidos de izquierda dejaron que fuese ambigua, pensando sin duda en que ellos podrían gobernar un día y darle otro carácter. Suárez y los "padres



de la Constitución" sabían bien lo que hacían con su texto y con sus acuerdos de compromiso. Ahora, todo el terreno es suyo.

EL peligro que tiene Suárez y UCD es el de que durante los próximos cuatro años la situación social y económica continúe degradándose. Quizá una gran parte de los factores de esta degradación escapen a sus manos: dependen de una situación internacional que ahora no es favorable a las economías europeas. El fallo en administrar las dificultades que se vienen encima puede ocasionar dos pérdidas grandes en su apoyo electoral: una fuga hacia la derecha, producida por las clases medias altas decepcionadas o con dificultades, y una fuga hacia la izquierda de las clases medias bajas. Es aquí donde tiene importancia el hecho de que UCD no represente más que el 24 por 100 del censo electoral, y su disparidad con el 47,7 del Congreso y la mayoría absoluta del Senado. Si de la clase media para abajo hay una situación de desesperación y un malestar social creciente; si los autonomistas que han demostrado su fuerza no se sienten satisfechos con lo que vaya sucediendo, se encontrará con una oposición extraparlamentaria, y hasta extrasindical, a la que sólo podrá hacer frente con medidas de autoridad y, por lo tanto, con restricciones de la democracia. Y si los partidos de la izquierda saben sumarse ese malestar al que representan, la situación de UCD será cada vez más precaria y difícil; o estará sostenida cada vez por medios más artificiales.



Lo que recoge UCD del franquismo, y lo recoge mejor que las derechas más explícitas, es la reserva frente al "marxismo": Adolfo Suárez lo utilizó muy oportunamente —para él— en su última intervención en TVE. En la foto, el presidente del Gobierno, con la ejecutiva de UCD, tras las elecciones.

PODRÍA un Gobierno de la izquierda socialista, o una coalición UCD-PSOE, o, más allá aún, un Gobierno de concentración con algún ministro comunista evitar esos riesgos? Probablemente, no. Probablemente al Partido Socialista, gobernando solo o en coalición, le hubiera pasado la aventura del socialismo francés o del italiano: la pérdida gradual de prestigio. Los partidarios de este tipo de Gobierno —socialista o coaligado— esgrimen una tabla de valores: un Gobierno de ese tipo habría gobernado con más justicia para las clases no privilegiadas, habría conseguido un mejor reparto de la riqueza y de la pobreza; habría logrado un desarrollo de la Constitución más abierto; habría depurado la infraestructura burocrática de poder que Suárez ha mantenido de la época franquista y ha nutrido con sus adeptos.

SIN embargo, parece más realista suponer que la izquierda tiene un papel más claro que cumplir ahora. Un papel crítico, un papel de oposición seria y no maniobrera. Limpia de consensos, de pactos, de acuerdos, de puertas cerradas. Si la derecha está representada por Suárez, la izquierda debe estar claramente representada por sus partidos. Será su fuerza la que contenga los posibles abusos de poder, o que los presente ante la opinión pública, ante sus electores. La contemplación de hasta dónde se ha llevado la trampa de la Moncloa, el espectro del miedo al "golpe", la sospecha de la resurrección del fascismo y su esperanza prematura de gobernar la puede servir de reflexión. A partir, quizá, de una autocrítica que los partidos deben hacer; tal vez de una depuración interior, de una selección de cuadros, de una elaboración de programas.

HEMOS estado dominados hasta ahora por dos situaciones: la histórica, de arrastre del franquismo, capaz de levantar toda clase de espectros y de inferiorizar a los partidos que fueron clandestinos, y la preelectoral, en busca de una moderación que parecía rentable. Los resultados electorales no son tan catastróficos como para desmoralizar a la izquierda: en realidad, escaso más o menos, se mantienen las posiciones del 15 de junio, y las abstenciones demuestran que hay un campo electoral por explotar. La fuerza sindical les apoya si la saben dirigir. Y las elecciones municipales están a la puerta. Los pronósticos son malos: la nueva solidez de UCD va a tener un efecto multiplicador sobre sus votos municipales potenciales. La infraestructura burocrática que se mantiene en funciones va también a ayudarla. Pero puede haber una sorpresa. Si los grandes y pequeños partidos de izquierda ponen rápidamente en marcha la reacción que deben tener después de las elecciones generales, y se muestran en la oposición con más claridad, pueden obtener una votación porcentual bastante más elevada que la del 1 de marzo; sobre todo, porque se esperan muchas menos abstenciones. Si la fuerza sindical está bien canalizada, si la fuerza municipal se manifiesta y si se sabe utilizar la cantidad y la calidad de las minorías en el nuevo Parlamento, el factor de equilibrio conseguirá, por lo menos, una gobernación general de centro que la UCD, por sí misma, ni pretende —más que en la imagen externa— ni puede llevar a cabo. ■

Del país político al país real

PROBABLEMENTE las nuevas Cortes, el nuevo —viejo— Gobierno significa una etapa diferente en la vida del país. La transición ha terminado. Es decir, aquello que todavía está transitando se va a quedar congelado, y se va a gobernar con arreglo a lo que está hecho. No parece que UCD tenga otra intención, más que la de profundizar sobre su propia esencia. Esta democracia es ya así. Es insuficiente. Pero se la ha creado con esas insuficiencias.

Empieza una etapa para un Gobierno que ahora está asentado con bastante seguridad en el país político, aunque le separan muchas diferencias del país real. Esas diferencias y ese país real son, ahora, el campo de la izquierda. Si sabe moverse en él, si sabe conectar con él, saldrá adelante y cumplirá su misión histórica. La izquierda es un realismo, un examen continuo de la realidad, o no es nada.

El país real, más que el país político, ha sido siempre el campo de pensamiento de TRIUNFO. No se ha sumado a ningún partido: es su independencia. Ha podido sufrir en algunos momentos el despegue o la hostilidad de algunos. Se ha podido ver como UCD, por ejemplo, discriminaba a TRIUNFO en su propaganda electoral, que entregaba prácticamente a todas las publicaciones de opinión, aunque esa opinión fuese adversa a la suya. TRIUNFO, sin embargo, ha abierto sus páginas a todos, sin discriminación para ninguno. Es un sentido de la democracia. Si UCD ha entregado su propaganda a publicaciones influidas directamente o indirectamente por otros partidos políticos, será probablemente porque ha creído que estaban comprometidas en el juego; si no la ha entregado a TRIUNFO, será porque haya pensado que TRIUNFO está fuera de él. Habrá acertado. El juego de TRIUNFO es otro, y se refiere más al sentido de la vida de la izquierda, a los principios generales, a un análisis crítico de todos, que a la defensa a ultranza de actitudes o de consignas. TRIUNFO no está bajo la idea de un "jefe político". Tiene una visión más amplia del contexto nacional y de las opciones de la izquierda.

No solamente constatamos ahora que comienza una nueva etapa en la vida española, sino que lo deseamos. Deseamos que UCD se limite, como está haciendo hasta ahora, a trabajar sobre el país político: siempre que la izquierda se decida a trabajar sobre el país real. Es decir, sobre un país que piensa, que vive inserto en una realidad sociológica, que tiene unos problemas concretos y determinados.

Es el país de nuestros lectores. Puede ser lo contrario de lo que se dio a entender con la famosa frase de "mayoría silenciosa": es una mayoría activa, una mayoría que tiene que respaldar el cambio hacia adelante de la nación. Más de una vez se ha dicho en estas páginas que no hay que culpar a los partidos, sino trabajar para que sean como se los desea; y que la democracia no da nada, sino que somos nosotros mismos. Una autocracia está fuera del ciudadano; una democracia es la acción y el pensamiento de cada uno.

Quizá en esta nueva etapa el desencanto se convierta en acción y en participación. El mal resultado de la izquierda en las elecciones puede hacer reflexionar a todos, sobre la responsabilidad de cada uno y la necesidad que todos tenemos de todos.

Es en ese país real donde se nos encontrará. Como siempre. Puede tener ahora más sentido que nunca. ■